

una vez que se ha establecido que los padres...

El adolescente puede adoptar cánones de conducta severos en extremo. Al buscar la contención de importunos impulsos sexuales...

El ciclo vital

quiere anularlos. Todavía los necesita como objetos de identificación y también como objetos cuya admiración y afecto vale la pena buscar.

Su propia autoestimación permanece estrechamente conexiónada con la estimación que siente hacia sus padres. En una etapa posterior de la adolescencia, después de haberse liberado de constrictivos controles interiores, cuando empieza a ver a sus padres con una perspectiva de adulto, vuelve a aceptar muchas de sus normas como parte de su yo y de su superyo.

La desilusión real con respecto a los padres

Desgraciadamente, se generan a veces dificultades graves y persistentes entre los padres y el hijo cuando éste, buscando defectos en la conducta y el carácter de los padres, llega al descubrimiento de una decepcionante realidad. El joven obtiene con ello una victoria pírrica, que ensombrece la imagen de los padres y perturba su propio desarrollo.

Una adolescente fue acompañada al despacho del psiquiatra por la madre, que le parecía un modelo de honradez y eficiencia. Esta mujer había proporcionado a su hija unas vacaciones en Florida y la había provisto, con desusada prodigalidad, de vestidos de todas clases. Le dijo a la muchacha que dirigía un floriente negocio de seguros. Pero la hija supo que el negocio de la madre no era lo que aparentaba. Los viajes que alejaban a la madre del hogar, una o dos noches

manera que se quisiera que los padres...

El adolescente puede adoptar cánones de conducta severos en extremo. Al buscar la contención de importunos impulsos sexuales...

Adolescencia

por semana, servían para reunirse con un rico industrial, que era su único cliente. La chica acompañó a la madre durante dos vacaciones y pudo ver al industrial, que se alojaba en el mismo hotel que ellas. Se dio cuenta también de que el padre, que no podía mantener a su familia en el rango que su mujer exigía, procuraba pasar por alto la infidelidad de su esposa, a pesar de que se trataba de una cosa sabida por todos en la pequeña localidad en que residían. La inevitable y necesaria pérdida de las idealizaciones infantiles, o el fracaso de los padres por no ajustarse a las exigentes normas del adolescente, es muy distinta de la desilusión que echa por tierra la imagen parental y, con ella, el superyo del adolescente.

En esta fase del desarrollo, cuando la solución de la situación edípica ha de ser repetida en una forma renovada, cuando el adolescente necesita modelos tangibles que pueda seguir hasta llegar a la edad adulta, el modo de ser de los padres y su interrelación cobran especial importancia para un armónico desarrollo del hijo. El adolescente ve ya al padre y a la madre como seres reales, como modelos reales, no como imágenes de la fantasía. Entonces, lo que el progenitor es en realidad influye en lo que el hijo quiere ser. El acuerdo entre los padres, el apoyo que se dan mutuamente, la admiración que tiene el uno por el otro, influyen considerablemente en el paso del muchacho por la adolescencia.

Dificultades para los padres

La adolescencia es una época de grandes dificultades para los padres y para el hijo en desarrollo. La confianza de los padres en el hijo, que han educado, y en su capacidad de educarlo se ve sometido a una dura prueba. El hijo, al que habían dedicado tanto cariño y esfuerzos, se va apartando de ellos. Ya no pueden supervisarlo y protegerlo plenamente y han de confiar en lo que le han inculcado anteriormente. Pero saben que a su hijo le falta experiencia y que su criterio no puede ser completamente adecuado a las nuevas situaciones con las que ha de enfrentarse. Temen que un momento de descuido o un juicio precipitado destruyan sus esfuerzos educativos, proseguidos durante años, y estropeen para siempre la vida del hijo. Una excesiva preocupación puede reflejar el deseo de los padres de impedir que el hijo repita los trágicos errores de juventud que ellos cometieron. De todos modos,

Los padres habrá que no pasen las noches en vela pensando en el hijo que va a conducir por primera vez un auto o en la hija que se ven obligados a confiar a un tipo con cara de idiota que ha hecho perder a la chica el poco seso que antes tuviera. De algún modo deben ponerse límites, pero ¿dónde deben establecerse? Los adolescentes tienden a resentirse mucho de las limitaciones y restricciones, teniéndolas por muestra de falta de confianza y de fe en ellos. Pero también puede dolerles que no les pongan ninguna limitación, porque atribuyen esta actitud permisiva a falta de interés de los padres. Posiblemente, el adolescente querrá probar hasta dónde le dejan llegar los padres y en estos ensayos puede sobrepasar sus propios límites. No olvidemos que el adolescente no es todavía un adulto y si los padres abandonan prematuramente sus responsabilidades, el muchacho se queda sin el apoyo y la protección que necesita, solo con sus deseos y sus impulsos.

El adolescente tiende a culpar a sus padres de las desgracias que le ocurren, descarga en ellos su mal humor y se irrita por cosas insignificantes. Cuando los padres le ofrecen su afecto, que el hijo parece necesitar, es posible que éste los rechace con enojo, porque precisamente en tales ocasiones es cuando más se niega el adolescente a que lo traten como a un niño y se aparta del apoyo del que, en realidad, tanto le gustaría gozar. Necesita encontrar algo contra lo que pueda sublevarse, hasta el punto de que, a veces, se siente el adolescente más a gusto si los padres se muestran un poco rígidos y le ofrecen motivo por el que pueda enojarse con alguna base. Pueden producirse marcados cambios de humor que intrigan al muchacho tanto como a sus padres. Se siente expansivo y animado cuando ha podido probarse a sí mismo que no necesita a los padres, pero tal vez muy pronto se sentirá desesperado cuando se preocupe inconscientemente por sobrepasar al padre o cuando sentimientos de hostil resentimiento contra los progenitores originen remordimiento, y el muchacho reaccione como si los deseos de muerte equivaliesen a un homicidio. Al elevarse más allá del superyo, se siente animado; luego, es castigado por el superyo y se siente deprimido. Todas estas vicisitudes forman parte del crucial combate que se entabla en su interior para llegar a un acuerdo con el superyo y restablecer el equilibrio entre el ello, el yo y el superyo.

Una coincidencia desgraciada, que forma a menudo parte inherente del ciclo vital, es el hecho de que la crisis de la adolescencia en el hijo ocurre cuando llega un período crítico en las vidas de los

padres. Por sí misma, la adolescencia del hijo tiende a originar una crisis en la vida de los padres, debido a la proximidad de un cambio en la composición de la familia, la pérdida de la admiración del hijo y la presencia de atractivos sexuales y vigor en éste en una época en que el vigor sexual de los padres disminuye. No obstante, la mayoría de padres tienen sus propios problemas al enfrentarse con la edad madura y darse cuenta de que sus vidas han alcanzado su cumbre y que deben aceptar lo que les queda por hacer en la vida, con los problemas de la menopausia y la declinación de sus capacidades. Estos problemas se considerarán en el capítulo sobre la edad madura; aquí sólo nos interesa señalar que el adolescente está notablemente afectado por la forma como los padres, en cuanto individuos y consortes, se enfrentan con sus muy importantes problemas, con sus propias vidas. Puede tener especial trascendencia el hecho de que los padres están llegando a un balance definitivo con las limitaciones que impone la «realidad de la vida», precisamente en la época en que la imaginación del hijo adolescente comienza a volar y él se impacienta por las cortapisas que los adultos y la sociedad, con su opaco conservadurismo, le imponen. Las diferencias entre generaciones y entre los ideales del adolescente y los de la generación madura alcanzan el máximo.

El grupo juvenil y su cultura

A medida que el adolescente se va alejando de los padres, aumenta la importancia del grupo de camaradas. El grupo infantil se transforma en un grupo juvenil, que es portador de la cultura adolescente y difiere del grupo infantil por su orientación antiadulta y porque pasa a ser heterosexual. Ya no es una pandilla constituida únicamente por chicos del vecindario; puede incluso extenderse a varias escuelas superiores y comunidades y tiende a estar compuesta por muchachos con intereses y ambiciones comunes, que proceden, por consiguiente, de fondos sociales semejantes. Se agrupan para darse mutuo apoyo y compañía. El núcleo está formado por unos pocos amigos íntimos, que se encuentran en el grupo en paridad de posición y por pequeños grupos de individuos que se necesitan mutuamente. El joven se siente aceptado en el grupo por amistad y se siente aliviado al no verse juzgado por su rendimiento en el estudio, que cada día adquiere mayor importancia en el centro de enseñanza y también en el hogar.

una familia bien considerada, se asocia a jóvenes de tendencias delicativas, casi siempre pertenece a una familia que favorece de algún modo las inclinaciones antisociales, o a una familia en la que las rígidas exigencias de obediencia no permite desplegar una conducta apropiada a la edad, que les es necesaria para desarrollarse como adulto.

La orientación al sexo opuesto se inicia en el ambiente de seguridad que ofrece el grupo unisexual de adolescentes. El muchacho, como la muchacha, ha de adquirir primeramente seguridad en su identidad sexual antes de atreverse a la relación con el sexo opuesto. El interés no nace solamente del impulso sexual; las satisfacciones narcisistas necesarias para mantener e incrementar la autoestimación provienen más fácilmente de amistades del sexo opuesto que del sexo propio. Al principio, las formas de comportamiento no cambian muy notoriamente, pero los adolescentes empiezan a efectuar breves reuniones de contacto con grupos del sexo opuesto. Se dedican colectivamente a zaherirse con burlas diversas, con las que tratan de disimular el interés que tienen unos por otros al mismo tiempo que, en realidad, lo muestran. «Amor de asno, coz y bocado.» No es fácil que un muchacho o una muchacha de esta edad exterioricen algo más que un interés casual por la persona que en realidad es, el centro de sus fantasías y de sus ensueños.

Sintiéndose inseguro respecto a su valía, el adolescente busca la posesión de atributos que le hagan envidiable o popular. Hay en él una conciencia cada vez mayor de lo que importa la ocupación de su padre, el lugar de residencia, el prestigio que da un auto deportivo. Se busca seguridad llevando justamente los zapatos, la corbata y los cabellos a la moda. Tanto los chicos como las chicas pasan mucho tiempo ante el espejo mirándose el rostro y el atuendo, ensayando gestos y expresiones diversos, a menudo bastante artificiosos. Los chicos desean que las muchachas los admiren por sus proezas deportivas. Asisten a clubs y a reuniones. Saber que uno es «alguien» requiere para ellos el reconocimiento de los demás.

Modelación masculina o femenina de la personalidad

El chico va adquiriendo experiencia y descubriendo lo que puede realizar por sí solo, preparándose así de una manera indirecta para poder ejercer una profesión pero, de hecho, está siguiendo el patrón de conducta propio de su sexo, con las diferencias entre hombre y mu-

jer que se observan desde la infancia. Efectivamente, mientras que la niña es más pasiva y sus ocupaciones y preocupaciones se refieren a las relaciones de las personas, se observa, en el niño varón, mayor tendencia a la acción. La muchacha se convertirá tal vez en un elemento importante en el engranaje de actividades sociales del centro de enseñanza al que pertenece, probablemente no porque busque de manera expresa actuar en esta forma, sino por su buena voluntad en asumir responsabilidades y porque se ha hecho popular por el interés que muestra hacia las personas. Ambos sexos se dedican bastante a fantasear, pero los ensueños ocupan más tiempo en las muchachas. La adolescente utiliza las capacidades intelectuales recientemente adquiridas considerando las suiltezas de las relaciones interpersonales más que las cuestiones puramente intelectuales o la manera como debería reformarse el mundo. Los modos de pensar del sexo masculino y los del sexo femenino empiezan a divergir de una forma más definitiva durante la adolescencia media. Es menos probable que las muchachas se dediquen a cosas abstractas o que sean innovadoras. El mayor tiempo dedicado a hacer discuirir la fantasía sobre sus sentimientos respecto a los demás y sobre los sentimientos que puede tener una persona en diversas situaciones, las conduce finalmente a desarrollar lo que se denomina «intuición femenina» y a la capacidad de empatía con otros. Claro está que tales cualidades no son privativas de las muchachas, pero puede afirmarse que los chicos en los que se observa tales tendencias tienen algo de femenino que suaviza sus aristas y sus formas de relación. En algunos casos, las vivencias fantásticas de las muchachas son tan importantes en la fase de espera, en la que todavía no hay experiencias reales con chicos, que la muchacha se cuenta a sí misma largas historias de románticos encuentros, a veces tan elaboradas y completas que llegan a parecer más reales que la misma realidad. Cuando las cuenta a sus amigas, éstas quedan fascinadas por lo que oyen, hasta que se dan cuenta de que se trata de ensueños. Sin embargo, tales fantasías son, a menudo, una preparación para románticas relaciones. Las conversaciones, los encuentros y los abrazos imaginarios tienen un impacto tan fuerte sobre la muchacha que le hacen sentir radiante y atractiva y sirven como de ensayo de lo que vendrá después. Como tales fantasías pueden encubrir el interés, todavía dominante, por el padre y referirse a un hombre bastante mayor que ella, del que está secretamente enamorada, puede serle difícil a la muchacha volver a la realidad y tratar con los jóvenes de su edad, menos románticos que el personaje de sus